

ANTONIO

Amanece, el tic tac del reloj de pared, resuena en el piso de Antonio, acentuando así, el silencio al que está más que acostumbrado. Con los ojos cerrados, lo siente tan dentro, que le parece que compite con el latir de su propio corazón. Intenta obviarlo y arañar unos minutos más de sueño, pero el maldito sonido gana la batalla. Con rabia por la derrota, aparta el pesado edredón y hace ademán de incorporarse para empezar otro día igual que el anterior. Sus articulaciones le advierten que hace demasiados años que nació, así que cuenta hacia atrás desde el número tres.

—Tres, dos, uno...

En el primer intento no hay suerte. Veamos en el segundo. Vaya, tampoco. Acostado boca arriba, con la mirada directa al agrietado techo, gira la cabeza y observa la asidera que su hija hace tiempo, mandó colocar en la pared. Se resiste a utilizarla, pero tiene que reconocer que ha llegado la hora de darle uso. Se agarra a ella con toda la fuerza que sus ochenta y seis años le permiten. Al tercer intento, lo consigue.

Una vez de pie, vuelve a observar el artilugio número diez que su hija le ha llevado a casa con el argumento de hacerle más fácil su día a día. Los recuenta mentalmente. Andador, alizador de Wáter, pastillero, pinzas para no agacharse, *pedalier* para ejercitar las piernas. Tensiómetro, termómetro, asidera para pared, asidera para ducha...se le escapa algo, pero no consigue recordar qué es en concreto. Gira la cabeza y se dirige hacia la cocina arrastrando los pies, cuando pasa junto al andador, lo mira fijamente retándolo con la mirada.

—Si piensas que voy a usarte, estás listo—Le espeta con brusquedad. El sonido de sus palabras le suena raro, como si otra persona las hubiera dicho. Hace tanto que no habla con nadie...

¿Cuándo fue la última vez que habló con su hija?

No recuerda, tres, cuatro días, quizá más.

No la juzga, nunca lo haría. Es una mujer muy ocupada. Le ha costado muchísimo llegar donde ha llegado. Ser ejecutiva corporativa implica mucho esfuerzo. La acertada toma de decisiones que guíe el futuro de una empresa, debe ser agotador.

Luego está su nieta. También necesita de su tiempo.

Margarita, su mujer, antes de irse para siempre, inundó el aparador de fotos de la niña. Posee los ojos más impresionantes de la tierra. Acaricia su carita impresa en papel fotográfico. Suspira. Retoma su camino a la cocina.

Todavía en pijama pone la cafetera al fuego. Mientras sale el café y se prepara las numerosas pastillas ordenadas en el pastillero que le regaló su hija, se lamenta de no haber tenido más hijos. Lo mismo estaría más entretenido, piensa amargamente. Al

momento se reprende por haber tenido semejante pensamiento. Su hija le ha dado más alegrías que nadie en este mundo, no puede quejarse. Es buena hija, la mejor. Lo que pasa es que siente que la vida se le resbala de las manos y como que le falta tiempo para disfrutar de ella.

Suena el teléfono. «Hombre, voy a hablar hoy más, que en toda la semana». Piensa irónicamente. Suenan más tonos de los que le hubiera gustado, pero no puede correr más. Al décimo tono descuelga el auricular.

—¿Papá?

—¡Hija mía! Qué alegría oír tu voz...

—¿Cómo estás, papá?

—Bien cariño, bien. El último medicamento que me recetó el médico, me ha dado fuerzas para casi casi, salir corriendo.

—Siempre con tu buen humor, papá.

—¿A qué se debe tu llamada, cariño? ¿Está todo bien?

—¿Por qué tiene que pasar algo, papá?

—No sé, como hace tanto que no hablamos...

—Lo sé papá. Lo siento muchísimo, de verdad, pero es que han sido días de locos, de verdad. No te lo puedes ni imaginar.

Suspiro, silencio.

—No te preocupes cariño, lo sé. Sabes que yo estaré aquí cuando quieras hablar conmigo. No me voy a ningún sitio, de momento.

Risas.

—Papá, precisamente te llamo por eso.

La cabeza de Antonio intenta descifrar lo que su hija quiere decir. Qué es lo que encierran esas seis palabras. Le flojean las piernas. Se sienta en la silla que su mujer puso inteligentemente al lado del teléfono fijo. Sus manos huesudas y plagadas de venas azules, se aferran al auricular casi con desesperación.

—Papá, he montado una habitación para ti. Quiero que te vengas a vivir con nosotros para siempre. Tienes una nieta que pregunta por ti cada día, y no puedo, ni quiero permitir que pase ni un día más.

—Cariño...

—Papá, por favor, no me digas que no. He comprado una cama articulada, acondicionado un cuarto de baño para ti solo...

Antonio la interrumpe con lágrimas en los ojos que ella no ve, pero que intuye.

—Cariño, no me iba a negar. Claro que quiero ir contigo para siempre, como tú acabas de decir...